

EL ESTADO DEL IMPERIO AMERICANO

EDUARDO HARO TECGLÉN

LOS críticos conservadores y los críticos progresistas del Presidente Carter coinciden en acusarle de ambigüedades, contradicciones, inseguridad; especialmente, en lo que se refiere a política exterior. En un imperio, por moderno que trate de ser, política exterior y política interior están tan intercomunicadas que resulta difícil hacer una diferenciación válida, y esto resulta adecuado también, en muchas ocasiones, a los países sometidos a ese imperio. La economía interna se hace estrechamente dependiente de la explotación de los demás, las fronteras militares están situadas mucho más allá de las fronteras metropolitanas y son de muy diversas clases —desde la implantación armada directa y las bases aisladas hasta la defensa por intermediarios—, y el equilibrio nacional es continuamente inestable. En la Historia vemos que los grandes imperios nunca, o pocas veces, han conseguido permanecer largo tiempo en una situación concreta. La variación es continua, y la dialéctica agresividad-defensa no se detiene nunca. Nada de esto es ajeno a los Estados Unidos de hoy. Un imperio es una crisis permanente, y los Estados Unidos están en un momento muy agudo de esa crisis. Se suele representar por la figura vacilante de Carter y por el enfrentamiento de dos personajes: el asesor Brzezinski y el secretario de Estado, Vance; rudo, balcista, "halcón", el asesor; sonriente, negociador, "paloma", el secretario. Y las contradicciones se acumulan en ejemplos precisos. No es fácil, efectivamente, presentar como homogénea una política que se opone a la URSS por lo que tiene de tiranía interna y que sonríe y halaga a China, que la tiene, por lo menos, en la misma cantidad; es ambigua la política con Israel y con los países

árabes; insegura la política con Africa; contradictoria la campaña pro derechos humanos y el apoyo a los países que los violan.

Sin embargo, sería demasiado simple presentar la política exterior de los Estados Unidos y el sistema de confusión y contradicciones como un fruto de estos personajes: de Carter y de sus asesores. Lo fue el fugaz Ford, como lo fue el tenaz Nixon o el taciturno Nixon. Fue un gran campeón de contradicciones el hombre sobre el que ha pesado durante años la política exterior de Estados Unidos: Kissinger; una contradicción que trascendió hasta el punto de que se le diera el Premio Nobel de la Paz cuando estaba preparando guerras y situaciones bélicas. Fue ambiguo y contradictorio el propio Kennedy; quizá fuese el primer Presidente con el que comenzara la gran ambigüedad del imperio. Probablemente, por razones históricas. Pero también por razones morales. Hasta él, nadie se había preocupado de señalar la diferencia moral entre el sueño americano de libertad y democracia y la acción real del país en el mundo y en el interior. Lo hablan hecho intelectuales, pensadores, teóricos; nunca los políticos. Si la contradicción existe desde el momento mismo de la independencia, cuando la dominación y la explotación se ejercían sobre los territorios indios y comenzaba a extenderse sobre las naciones latinoamericanas, y se mantenía la esclavitud y la explotación de minorías étnicas, prevalecían entonces las palabras sobre los hechos, y la Declaración de Independencia con sus adjuntos derechos humanos ocultaban las otras contradicciones.

Lo que está recogiendo Carter en este momento, o lo que está representando —un Presidente de los Estados Unidos, a pesar de su



John F. Kennedy: con él empezó la ambigüedad del Imperio.

inmenso poder teórico, suele ser una emanación de las clases y del pensamiento dominante en su momento— es una evolución concreta del imperio en un sentido regresivo. Desde que terminó la segunda guerra mundial, el imperio americano ha sufrido simultáneamente un proceso de ampliación y expansión, y otro de retroceso. En la época en que fueron Presidentes Truman y Eisenhower se alcanzó un cenit visible en cuanto a fuerza e influencia. Al mismo tiempo, se iniciaban ya las limitaciones que están informando la política de hoy. Al terminar la guerra, los Estados Unidos tenían la fuerza absoluta, desde un punto de vista militar, y una capacidad económica indiscutible que la situaba por encima de los demás países del mundo. Estuvieron dispuestos a saltar sobre el debilitado imperio enemigo, el soviético, y no lo hicieron. En Medicina, y sobre todo en psicosomática, se sabe lo que sucede en el cuerpo humano cuando se dispone a una agresión y la reprime. El cuerpo segrega una cantidad de adrenalina que tonifica los músculos, prepara el cerebro, borra la lógica, refuerza el instinto. Si esta agresión se reprime o no se produce, la adrenalina

se convierte en un tóxico, porque no se ha eliminado por su vía natural, y enferma el organismo. Lo enferma físicamente, y produce unas neurosis. A los Estados Unidos les pasó algo parecido. La guerra para la que se preparaba no sucedió, y por dos razones principales: la resistencia de las poblaciones europeas y el descubrimiento y puesta en práctica del arma atómica por la Unión Soviética. La implantación del comunismo —entonces, aún, pro soviético o solidario con la URSS— en China, el neutralismo de los países subdesarrollados, las revoluciones locales en varios puntos del globo fueron otros sucesos que contribuyeron de manera muy importante a que el organismo agresivo se reprimiera. El primer síntoma de neurosis colectiva fue la "situación McCarthy", la creación de un fascismo interior.

A partir de ahí, todo ha comenzado a pesar de una manera negativa sobre el imperio de los Estados Unidos. De ser la nación más poderosa del mundo desde un punto de vista militar a ser equiparable, en armas, con su rival absoluto, la URSS, con la seguridad de que una guerra, aun ganada, podría destruir casi totalmente

el país, hay un abismo que fuerza la política. Que forzó la política de Estados Unidos a partir de la "coexistencia" inaugurada por Kennedy. El asesinato de Kennedy fue otra gran conmoción en la conciencia del cuerpo americano, después de un suceso militar de primera importancia, como la guerra de Corea, en la que se proclamó el éxito de "contención" del enemigo, pero se ocultó la realidad de un fracaso: la guerra no estaba hecha con espíritu de contención, sino de invasión, de desequilibrio del comunismo chino y hasta de desestabilización de la

URSS. Que, políticamente, tampoco se pudo conseguir en algunos de los intentos principales: la revolución de Budapest, el "socialismo en libertad" de Checoslovaquia (conviene tener ahora aparte el carácter moral y ético de las intervenciones soviéticas en estos casos: debe contar, como muy probable, que de haber triunfado Budapest y Praga, la URSS no sería hoy lo que es. Si esto es bueno o malo para el mundo, y para sus protagonistas y súbditos sobre todo, es un tema distinto), que hubieran desestabilizado a la URSS.

El episodio más significativo en la situación actual del imperio es la guerra y caída de Vietnam, continuada por la destitución de Nixon. (La primera guerra perdida) Y no supone solamente el retroceso en un territorio clave —como que ha determinado toda la política exterior de Asia—, sino lo que fue una ruptura grave de sociedad: los disidentes, los desertores, la aparición de la "nueva izquierda", la crisis de confianza en la fuerza y en la política. Probablemente Nixon no fue más que un chivo expiatorio en todo este proceso: no que fuera inocente, sino que la corrupción y la acumulación de

poder no son tan extemporáneas en la política de Estados Unidos. El error capital de Nixon fue el de haber sido un político de los años de esplendor del imperio —sobre todo, en la época Eisenhower—, reaparecido en los de mayor crisis y, por lo tanto, con una disimilitud considerable entre sus propósitos y las posibilidades reales. Si a la sociedad de los Estados Unidos le sirvió de alivio ver cómo se depuraba la política, también le creó una angustia conocer los detalles de una corrupción que alcanzaba al Presidente, al vicepresidente y a grandes figuras de la Administración pública.

Lo que tiene entre sus manos Carter es la herencia de todo ello, la configuración actual de una situación crítica. El imperio enemigo es tan fuerte como el suyo: los medios para contrarrestarlo ya no pueden ser de fuerza y de energía. Pero la coexistencia no funciona: o funciona a base de perder fronteras exteriores. El predominio económico no es el de la posguerra: Europa, Japón, constituyen entidades cada vez más fuertes, más atentas a los conflictos sociales de sus propias poblaciones. El dólar puede caer vertiginosamente, como está sucediendo en estos días. La solución del "cuerpo expedicionario" tampoco funciona: Vietnam ahuyentó esa posibilidad durante mucho tiempo. ¿Cómo intervenir en África, cómo en Oriente Medio, si todo puede convertirse en una catástrofe vietnamita? Ya no es posible ni siquiera intervenir directamente en América Latina, como en otros tiempos hicieron en Santo Domingo. Bahía de los Cochinos fue ya un pequeño desastre cuando se quiso deshacer el régimen cubano, y la "crisis de los chetes" se tradujo en el principio de la coexistencia pacífica cuando el organismo americano estaba preparado para otra agresión, para otra guerra. La ONU, creada por Estados Unidos a su imagen y semejanza, dominada largo tiempo por algo más que por su diplomacia, por su capacidad de coacción, se ha convertido en un organismo adverso: todo lo más que pueden hacer es bloquear determinadas decisiones, pero no impedir que se debatan. Ni siquiera controlar, como antes, la información que surge desde allí. Es imposible asegurar la cabeza de puente de Israel. El "tercer mundo" ha encontrado una vía de resistencia, a partir de las alzas del



La crisis permanente del Imperio se suele representar por la figura vacilante de Carter y por el enfrentamiento de dos personajes: su asesor Brzezinski, rudo y belicista, y el sonriente y negociador secretario de Estado Cyrus Vance. En las fotos: arriba, el Presidente norteamericano con sus dos colaboradores; abajo, Vance en Jerusalén, durante sus conversaciones con dirigentes judíos.

EN EL NUMERO DE AGOSTO DE TIEMPO de HISTORIA



María Ruipérez

GABRIEL JACKSON: ESPAÑA COMO VOCACION

El autor de "La República Española y la Guerra Civil" hace un balance de la actual situación española, en el orden económico, político y social, de claro signo positivo y esperanzador. Considera que España se enfrenta a su nueva etapa democrática con grandes posibilidades de conseguir esa estabilidad y libertad, que aunadas pueden y deben llevar a nuestro país a una cierta independencia y equilibrio en el marco de las demás naciones europeas.



Teófilo Ruiz Fernández

LA PRIMAVERA DE PRAGA

A los diez años del fallido intento liberalizador que propugnaron Dubcek, Sik, Svoboda y Husak para su patria, la nación checa, una lúcida evocación de aquellos días inolvidables de coraje e impotencia ante la inexorable ley del más fuerte..., que suponen aún hoy una lección a tener en cuenta.

EN EL NUMERO DE AGOSTO DE TIEMPO de HISTORIA

petróleo y de la guerra de la energía. Ciertamente que los Estados Unidos hacen todo lo posible por controlarla y asumirla, y aun porque estas alzas den beneficios a sus propias compañías; pero no pueden evitar que sea uno de los puntos culminantes del deamoranamiento del mundo occidental. En todo ello se ha perdido el punto de vista moral. La moral se define con arreglo a la fuerza: en los años de la guerra y la posguerra, durante la guerra fría, los Estados Unidos implantaron un lenguaje de ética: el "mundo libre", la "guerra contra la opresión", la lucha de la civilización contra la barbarie, del Oeste contra el mundo asiático. Era creíble en tanto que la fuerza —el dinero a los medios de comunicación, las censuras, los despidos y las destituciones de los opositores— la hacían estable sin posibilidad de controversia. Ahora, convertida en "campana de derechos del hombre", es poco más que ridícula.

Todas estas frustraciones imperiales han creado un movimiento precautorio importante en los Estados Unidos. No anda descaminado el "Post" de Washington cuando se queja de que hay en el país 535 secretarios de Estado; los representantes y los senadores, que vigilan estrechamente la política presidencial y que impiden un desarrollo directo. Es una consecuencia de que el Congreso no pudo decir mucho cuando la guerra de Vietnam, y no quiere ahora verse sorprendido por otra guerra presidencial —o del Pentágono, o de la gran industria— que pueda producir una catástrofe similar a aquélla. En los últimos días, la cuestión del embargo de armas a Chile, decidido y luego aplazado; el final del embargo a Turquía, las sanciones a Rhodesia, las decididas contra Siria, han sido contradicciones del Congreso a la política presidencial. Al mismo tiempo, está discutiendo agriamente la serie de medidas económicas que quiere implantar la Administración. No se detiene la inflación. Pero los congresistas temen seriamente que una aprobación de las medidas de Carter, impopulares, puedan repercutir en las elecciones de noviembre.

Para muchos críticos, el problema de los Estados Unidos se debe a que no tiene ninguna expe-

riencia política y diplomática. Stanley Hoffman, que es profesor de política en Harvard, escribe en el "Times" de Nueva York: "Este mundo plantea un formidable desafío a la diplomacia de un país que no tiene más experiencias que el aislamiento o la supremacía. Las instituciones y los instintos de los Estados Unidos han creado sus propios obstáculos, abandonados solamente en tiempos de guerra, o incluso cuando política exterior y guerra fría eran sinónimos. No es sorprendente que la Administración no haya resuelto este principio. Desgraciadamente, a veces lo ha hecho más grave".

El aislamiento no es ya posible en los Estados Unidos. Su economía, su defensa, su política, están demasiado implicados en todos los demás países, en los 150 países —sin excepción— que forman el mundo contemporáneo. La guerra tampoco es posible: las guerras pequeñas pueden ser Vietnams en potencia, una guerra grande puede significar una destrucción total o parcial. La solución había comenzado a ser posible, quizá, con Kennedy: es decir, una invención de la finura política. Le mataron: esto es, mataron el invento, porque no lo digería la sociedad americana.

Parece más fácil crear un imperio que desprenderse de él. Desprenderse de una manera suave, sin dolor. Ni siquiera parece que sea este el intento de Carter. Hay un rudimento de todo ello, quizá un remedo de Roosevelt y de Kennedy: ser la cabeza pensante, económica y políticamente, de un mundo de democracias seguras, de tiranías abolidas pero sustituidas por regímenes que no den paso a revoluciones sociales. Un mundo que volviera a encontrar razones en oponerse a la URSS, y que fuera incluso capaz de fortalecer el deseo interior soviético de pertenecer a ese mundo. No parece posible. Entre otras razones, porque todo sigue estando organizado para que el bienestar de unos dependa de la explotación de los otros. En palabras diferentes, todo lo que la técnica ha avanzado, siguiendo los pasos de la ciencia, no ha servido para que en el mundo haya bastante para todos y para que el reparto de las riquezas sea lo suficientemente satisfactorio. ■